

Don Omar Dengo

40 años después de su muerte.

El maestro que sabe de verdad su asignatura, y la enseña bien a sus discípulos, es sencillamente un buen maestro. Pero eso, con ser bastante, no es todo. El maestro de verdad, el maestro en el sentido lato del vocablo es aquel que enseña bien dentro del marco estrecho del aula y fuera de ella, con el ejemplo de una vida austera, sin vicios, sin egoísmos, consagrada al estudio y al bien. Un maestro de esa categoría, que daba admirables clases dentro y fuera del aula fue el gran don Omar Dengo.

Hace 40 años se apagó, como se apaga un sol, la vida de este gran educador, y su recuerdo perdura a través del tiempo y la distancia.

La generación de don Omar pertenece a la edad de oro de la enseñanza pública costarricense. En su tiempo brillaron verdaderas luminarias como don Roberto Brenes Mesén, don Joaquín García Monge, don Juan Dávila, don Carlos Gagini, don Luis Dobles Segreda, etc., etc.

Don Omar, buen escritor y mejor orador no dejó obra docente escrita: no se conocen planes ni programas suyos. Sus enseñanzas, sus inmortales enseñanzas quedaron en el corazón de sus discípulos, como quedaron los evangelios en el alma de los apóstoles.

Omar Dengo, de talento despejado, que muy joven se recibió de pasante de abogado y que pudo acumular riquezas en el ejercicio de la profesión, prefirió renunciar a todos esos halagos para abrazar, como se abraza un sacerdocio, la carrera de maestro, en la cual se mantuvo enhiesto y puro, sereno y grande, hasta el día de su muerte. Otros educadores cedieron alguna vez a las tentaciones del mundo y la carne. Más de uno se dejó arrastrar por los cantos de sirena de la vanidad, el amor propio, el lucro o la ostentación. Sólo don Omar, como un asceta, como un santo, renunció a todo egoísmo para entregarse en alma y vida a la Escuela Normal de Heredia, último templo donde ofició su gran espíritu de educador, y de donde salió para el cementerio, entre las lágrimas y los sollozos de sus alumnos, que son miles, y ante la mirada doliente de la patria que veía desaparecer a uno de sus mejores hijos.

Don Omar, con la visión de un profeta dejó la profesión de abogado, dejó el mundo de lo terreno y mezquino para enclaustrarse en la enseñanza pública y hacer de ella, lo que debe ser: apostolado y no oficio. Con su vida y su ejemplo, don Omar dignificó la profesión de maestro.

Con su vida y su ejemplo trazó caminos de luz inextinguibles. Por eso don Omar fue para sus discípulos, el sùmmum, la perfección de lo que debe entenderse por un buen maestro, un verdadero apóstol, un guía de juventudes. Por eso se le recuerda con devoción cuarenta años después de su muerte; por eso y, mientras las costumbres y la moral públicas sigan el curso que llevan, se le seguirá recordando y su memoria en vez de decrecer se agigantará...

Claudio Alvarado O.